



IUS. Revista del Instituto de Ciencias Jurídicas
de Puebla A.C.

ISSN: 1870-2147

revista.ius@hotmail.com

Instituto de Ciencias Jurídicas de Puebla A. C.
México

Cansino, César

LA NUEVA CRISIS ECONÓMICA Y CÓMO ENFRENTARLA (ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO, DOS
CASOS PARADIGMÁTICOS)

IUS. Revista del Instituto de Ciencias Jurídicas de Puebla A.C., núm. 24, 2009, pp. 292-308

Instituto de Ciencias Jurídicas de Puebla A. C.

Puebla, México

Simón, Raúl, *La crisis mundial (1929-1934)*, Editorial Ercilla, Santiago de Chile, 1934.
 Stiglitz, Joseph, *Los felices noventa, La semilla de la destrucción*, Cap. 4, "Una desre-

gulación desenfrenada", Taurus, México, 2004.

Tamames, Ramón, *Estructura económica internacional*, Alianza Editorial, España, 1980.

La nueva crisis económica y cómo enfrentarla (Estados Unidos y México, dos casos paradigmáticos) / *The new economic crisis and how to face it. The United States and Mexico, two cases paradigmatic*

César Cansino

La economía mundial está en crisis y nadie sabe a ciencia cierta cuánto tiempo durará ni los estragos que producirá ni la eficacia de las medidas que cada país tenga a bien adoptar para enfrentarla. Hace apenas diez años nadie sospechaba que las naciones modernas se verían obligadas a soportar los efectos de una nueva recesión, similar en muchos aspectos a la que experimentó el mundo capitalista en los años treinta del siglo pasado. ¿Cómo imaginar que la especulación financiera y el declive del mercado hipotecario en Estados Unidos podrían poner en riesgo la capacidad de este país y luego, por efecto de la globalización, de todos los demás en el planeta para mantener las fuentes de trabajo y el poder adquisitivo de sus

trabajadores? Inaudito. La economía se ha vuelto algo mucho más peligroso de lo que cualquiera pudiera sospechar.

En este ensayo no me ocuparé de las causas y los efectos de esta nueva crisis de la economía mundial. Mi interés más bien es reflexionar sobre las posibilidades que existen para salir de la misma de la manera menos traumática y más rápida posible, y más que de posibilidades me referiré a las circunstancias o las características presentes en un país que pueden resultar más propicias para enfrentar el desafío, en el entendido de que la eficacia de las políticas gubernamentales y sobre todo las más drásticas y urgentes, en este caso en materia económica, mucho depende del momento político que vive cada país. No es lo mismo encarar un reto de la envergadura de una recesión económica como la actual en un contexto de ingobernabilidad, polarización y desconfianza que en uno de reconciliación, cohesión y confianza. Ciertamente, las características del momento político no son la única variable que influye o puede influir en el éxito o el fracaso de una política pública. Son tantos y tan diversos los factores intervinientes en la hechura de una política que nunca se sabe dónde o cuándo pueden surgir uno o varios que terminen vulnerando o incluso arruinando todo el proceso.

Pero este hecho no obsta para restarle importancia a la cuestión política, de la que aquí me ocuparé primordialmente.

Para ello, qué mejor que considerar dos realidades nacionales claramente contrastantes en lo que a su situación política se refiere, como lo son Estados Unidos y México. Ciertamente, se trata de países con niveles de desarrollo muy diferentes, tanto en lo socioeconómico y tecnológico como en lo político. Sin embargo, hoy comparten, junto con el resto de los países del orbe, una crisis económica que exige de sus respectivos gobiernos acciones radicales y audaces. Para el caso, da lo mismo que la recesión se haya originado en el primero y que el segundo se haya visto obligado a padecerla igualmente por efecto de la globalización capitalista, o que el primero cuente con una infraestructura industrial, tecnológica y comercial infinitamente más poderosa que el segundo como para asumir el riesgo en condiciones más ventajosas, o que la economía del segundo sea claramente dependiente de la del primero. El hecho es que la crisis económica ha golpeado duramente a ambos países y sus gobiernos no pueden no actuar prontamente so riesgo de condenar a sus naciones a mayores penurias e incertidumbres.

Con estas premisas, la tesis que quiero defender en este ensayo sostiene que mientras la crisis económica encuentra a Estados Unidos en el mejor momento político de su historia moderna, la misma crisis encuentra a México en uno de los peores, lo cual tiene repercusiones distintas en las maneras de afrontar dicha crisis y en las posibilidades

de superarla con éxito. Obviamente, a México le toca la peor parte. Mientras en Estados Unidos el gobierno del presidente Barack Obama ha tomado sin grandes contratiempos decisiones enérgicas y dolorosas para enfrentar la crisis y que en otras circunstancias políticas menos tersas que las actuales hubieran generado fuertes suspicacias, oposiciones y descalificaciones, el gobierno del presidente Felipe Calderón en México ni siquiera ha atinado a proponer una estrategia coherente a la altura del desafío. La diferencia de fondo estriba en que mientras Estados Unidos vive desde las elecciones presidenciales de 2008 una etapa de resignificación de la democracia, de reconciliación de los estadounidenses con la política, y de fuerte liderazgo en la persona de Obama, México vive una crisis política de grandes proporciones y que ha terminado por sepultar la ilusión democrática del tiempo de la alternancia, una etapa, la actual, sin liderazgo, con una clase política totalmente desacreditada, que permanece confrontada y polarizada en su interior por posiciones ideológicas insustanciales y retóricas inútiles. En esas condiciones es perfectamente previsible que mientras Estados Unidos saldrá no sin dificultades y después de algunos años fortalecido de la actual recesión económica, México verá gravemente comprometidos sus niveles de crecimiento y bienestar durante décadas por efecto de una crisis económica a la que no se pudo o no se quiso enfrentar con altura de miras.

Para desarrollar esta tesis me concentraré en cuatro puntos: a) una con-

sideración general sobre la actual crisis de la economía mundial; *b)* las características del momento político en la era de Obama; *c)* las características del momento político en la era de Calderón; y *d)* algunas lecciones intemporales para salir de la crisis.

De vuelta a la gran depresión

Reza la frase popular que nunca hay felicidad completa. La expresión aplica perfectamente para Estados Unidos que al tiempo que celebraba no hace mucho la llegada de Obama a la presidencia, con toda la carga emotiva y simbólica que su elección significó, también experimentaba, ante la incredulidad de todos, incluidos los economistas, el comienzo de una nueva y anticlimática recesión económica y financiera que según los expertos puede tener efectos similares a los de la gran depresión de 1929.

Por lo pronto, todos se preguntan si la recesión actual requiere una medicina tan drástica e innovadora como la que permitió a Estados Unidos superar trabajosamente la crisis del periodo de entreguerras. En ese caso, el presidente Obama tiene un desafío similar al que enfrentó Franklin D. Roosevelt en su momento, un desafío del que también depende la propia credibilidad y fortaleza del nuevo inquilino de la Casa Blanca, pero sobre todo la congruencia entre su conocido discurso sobre la esperanza y la renovación, por una parte, y sus decisiones y acciones, por la otra. En los años treinta, el New Deal, y ¿ahora? Esa es la pregunta.

No es éste el lugar para analizar las razones que condujeron a la crisis económica actual de Estados Unidos y que como cascada se ha desbordado sobre todos los mercados y economías del mundo. Baste decir que ni los economistas lo anticiparon y que tampoco se han puesto de acuerdo en sus diagnósticos: que si la caída del sector hipotecario, que si un ciclo de declive después de una bonanza extraordinaria pero ficticia, que si la especulación financiera, que si la pérdida de confianza en los bancos, que si la desaceleración china y sus repercusiones mundiales, etcétera. Como quiera que sea, en una cosa parece que todos coinciden: la gravedad de la situación es de tal magnitud que los gobiernos del mundo requieren mucho más que aplicar el recetario habitual para reequilibrar la economía. Para muchos inclusive, esta crisis marca el fin del capitalismo tal y como lo conocimos hasta ahora y en su lugar surgirán nuevos criterios de política económica que desestimularán la especulación y revertirán la desregulación mercantil de los años recientes, frenando la globalización que caracterizó al capitalismo en la era neoliberal.¹ Más aún, economistas de gran prestigio, como Amartya Sen y Paul Krugman coinciden en la necesidad de desempolvar y reeditar las estrategias keynesianas contra la crisis y revisar seriamente las enseñanzas de Adam Smith y otros economistas liberales clásicos sensibles a cuestiones distributivas con el fin de enfrentar la recesión y de paso blindar a la población más desprotegida de cara al

desempleo creciente y la pérdida de poder adquisitivo.²

De hecho, hablando de innovaciones, la crisis económica ha obligado al gobierno estadounidense —y a muchos otros gobiernos en el mundo— a subvencionar la economía, pues de otra manera la caída hubiera sido peor. Es decir, contrariamente a lo que dicta la ortodoxia liberal y a pesar de la perplejidad y la molestia de los defensores más recalcitrantes del libre mercado, la economía estadounidense se ha convertido por la vía de la intervención gubernamental en una economía mixta, en la que el Estado trata de enmendar o revertir los errores y excesos del sector privado. A juzgar por este hecho, el capitalismo ya no podrá reivindicar en el futuro el principio de no intervención o de no regulación estatal que constituyó un pilar de los modelos neoliberales.

Pero más allá de los diagnósticos y las medidas de emergencia, es interesante advertir las posiciones ambivalentes que la propia crisis económica ha generado en relación con la mayor o menor responsabilidad del gobierno —tanto de George W. Bush como de sus sucesor Obama— en la manifestación de la misma, y que a la larga pueden eclipsar el liderazgo del segundo e incluso opacar los aciertos que éste pudiera tener en otros ámbitos, en un futuro cercano, como en política exterior o seguridad nacional. De hecho, la actual crisis económica ha significado un duro golpe a la doctrina tan introyectada culturalmente entre los estadounidenses del “excepcionalismo

americano”, según la cual se cree que las cosas simplemente van a funcionar bien para el país, que nada puede hacer tambalear la grandeza de la nación y la inevitabilidad de su brillante porvenir.³ Obviamente, con la crisis, muchos estadounidenses han comenzado a dudar que su país sea excepcional.⁴ Pero a los choques culturales los acompaña casi siempre una catarsis colectiva que lleva a muchos a descargar su frustración o decepción en algo o alguien. Así, por ejemplo, los sectores más conservadores se han apresurado a culpar al gobierno estadounidense de la debacle económica, por haberse entrometido más de la cuenta en el mercado. En su percepción, a Bush le faltó ser más reaganista, y Obama constituye la peor desgracia que podía ocurrir, por cuanto sus ideas están cargadas a la izquierda. Paradójicamente, para algunos intelectuales progresistas (en Estados Unidos se conocen como “liberals”), muy pocos por cierto, como el conocido cineasta Michael Moore, Obama no ha sido en los hechos lo suficientemente radical y sensible a las necesidades populares, o sea ha sido un mandatario más de derecha que de izquierda, a pesar del fuerte contenido social del discurso que lo llevó al poder.⁵ Para otros críticos, finalmente, Obama es como un Gorbachov americano, un iluso que quiere renovar el capitalismo, como la Perestroika lo hizo con el comunismo, pero con la consecuencia de que conducirá a la nación a una etapa de anarquía y caos.⁶

Obviamente, estas percepciones extremistas no son compartidas por el

grueso de la población estadounidense. Sin embargo, muchos coinciden con aquéllos en que el futuro se presenta sumamente sombrío e incierto, lo cual constituye el mejor caldo de cultivo para responsabilizar al gobierno por la difícil situación y para descargar en Obama la angustia que experimentan. ¿Con qué consecuencias? Hay dos escenarios. Si no es enfrentada con buenos resultados, la crisis económica bien podría zarandear en los meses por venir el considerable capital político de Obama, mas si la crisis empieza a ceder, aunque sea cautamente, Obama podría convertirse en uno de los presidentes estadounidenses más emblemáticos de la historia, sólo equiparable a Roosevelt —único presidente electo por cuatro periodos consecutivos, gracias a sus buenos oficios para resolver, precisamente, la recesión económica de los años treinta y, posteriormente, para impulsar la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial—. Obama tiene todo para hacerlo, pero sobre todo un capital político inmenso y un gran liderazgo del que no han dispuesto otros mandatarios en el pasado reciente, a excepción de John F. Kennedy. De hecho, como veremos en el siguiente inciso, la crisis económica actual no podía encontrar a Estados Unidos en un mejor momento político para hacerle frente.

La situación en México es totalmente diferente. En primer lugar, el gobierno de Calderón perdió meses valiosos para actuar frente a la crisis económica (casi un año, desde que el gobierno de Estados Unidos reconoció su existencia en octubre de 2008), pues

según el cálculo oficial (y la propaganda oficial) México contaba con la suficiente fortaleza económica y financiera como para neutralizar los embates de la recesión sin grandes complicaciones o efectos adversos. En segundo lugar, el gobierno parecía más empeñado en demostrar que la crisis nos llegó de afuera sin deberla ni temerla, en lugar de actuar rápidamente, anticipando desenlaces funestos. Es decir, el presidente Calderón pecó de ingenuo y simplemente ignoró las voces de alarma que muchos expresamos en su momento y, peor aún, fue incapaz de leer las señales adversas que la realidad estaba enviando sobre la gravedad de la situación. Hoy que los efectos de la crisis hacen estragos por todos lados, con una caída de la economía nacional de más de 10% y niveles de desempleo y pobreza como no se veían en décadas, el presidente ha reconocido finalmente, en ocasión de su Tercer Informe de Gobierno (septiembre de 2009), la gravedad de la situación, promoviendo medidas desesperadas y tardías, difícilmente practicables y a estas alturas insuficientes o francamente inútiles. Pero la responsabilidad por la debacle no es exclusiva del Ejecutivo. Ciertamente, el presidente se lleva la mayor parte, pero la miopía y la incapacidad la comparte la clase política en su conjunto. Así, por ejemplo, todos los partidos políticos sin excepción no han sabido o no han querido anteponer los intereses nacionales y de largo plazo a sus intereses de capilla y cortoplacistas, amén de que siguen atrapados en disputas estériles que no

interesan a nadie, salvo a ellos mismos en su carrera desenfrenada por preservar y ampliar sus propios privilegios y posiciones. Sólo así se explica que no hayan prosperado en el Congreso las reformas estructurales que con tanta urgencia requiere el país o que las reformas que sí se aprobaron resultaran tan limitadas y superficiales si se contrastan con las exigencias de la coyuntura, como la reforma energética o la reforma electoral, verdaderos bodrios legislativos, dignos de una clase política de cuarto de primaria.⁷

Pero más allá de la incapacidad, el desinterés o la insensibilidad de la clase política para intervenir adecuadamente en la actual emergencia, la crisis económica encuentra a México en uno de los peores momentos políticos de su historia, un país sin liderazgo, sin posibilidades de arribar a consensos, con una clase política corrupta y cínica totalmente desacreditada, sin proyecto de nación, sin viabilidad ante los enormes rezagos sociales, con parálisis institucional, con prácticas, instituciones y leyes que sólo generan desconfianza y malestar, con una sociedad secuestrada por la violencia y la inseguridad. Es obvio que, como veremos más adelante, estas circunstancias de partida son las menos propicias para encarar con éxito la actual crisis económica.

El momento político de Obama

Siguiendo el itinerario trazado al inicio, corresponde ahora caracterizar el momento político actual en Estados

Unidos o, más precisamente, argumentar a favor de la tesis según la cual la crisis económica encuentra a Estados Unidos en una situación política inmejorable y por ello favorable para enfrentar con éxito la recesión.

En una época de crisis mundial de la democracia, una era en la que con la democracia parecía que no pasaba nada, pues cada vez son más los ciudadanos en todo el mundo inconformes con sus representantes y autoridades, Estados Unidos enseñó al mundo que con la democracia sí pueden pasar cosas todavía y muy importantes. Me refiero a las elecciones del 4 de noviembre de 2008, en las que los estadounidenses decidieron dejar atrás el último eslabón que mantenía a su país con un pie en un pasado de prejuicios étnicos y discriminaciones raciales. En efecto, con la elección del demócrata Obama como primer presidente negro de la nación más poderosa del planeta, los estadounidenses volvieron a enseñar al mundo el único camino posible por el que pueden y deben transitar las democracias del futuro, o sea las naciones modernas, un camino de tolerancia, respeto a las diferencias, reconocimiento de la diversidad e igualdad plena de todos los individuos ante la ley, independientemente de su condición racial o étnica o de sus creencias. No es exagerado afirmar que a partir de estas elecciones se vuelve simplemente insustancial seguir manteniendo en Estados Unidos posiciones xenófobas de cualquier tipo, sería tanto como una contradicción *in terminis* del nuevo ser americano.⁸

En principio de cuentas, el triunfo de Obama interrumpió drásticamente una tendencia que se había impuesto desde los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, según la cual lo único realmente importante o lo primordial para los ciudadanos estadounidenses era su seguridad o su supervivencia, o sea una especie de “retorno a lo básico” que dejaba en segundo plano otros aspectos pertenecientes al ámbito de los valores o de la trascendencia, como la libertad o el bienestar. En efecto, a diferencia de su antecesor en el cargo, la oferta de Obama a los electores ya no fue la seguridad nacional sino el cambio, o mejor aún “la audacia de la esperanza”, como rezaba el título de uno de sus libros más aleccionadores. ¿En qué consiste este cambio?

Que muchas sociedades del mundo hayan experimentado recientemente un sobrecalentamiento de posiciones ideológicas fuertes (izquierda/derecha) es quizá un paréntesis temporal más bien breve frente a la tendencia dominante a la desideologización e individualización que la posmodernidad y el fin de las ideologías ha conllevado.⁹ Dicho reposicionamiento ideológico se origina sobre todo en los ataques terroristas a Estados Unidos del 2001, que resucitaron todo tipo de resabios y resentimientos hacia el imperio herido. Sin embargo, estas batallas ideológicas han sido tan insustanciales que no hacen sino confirmar que lo ideológico resulta cada vez más intrascendente en las sociedades contemporáneas, por más que la defensa de reivindicaciones supuestamente de izquierda o

derecha sea para algunos una cuestión casi existencial. Sin embargo, lo que ha venido cobrando forma en lugar de esas disputas ideológicas interminables y fútiles tampoco debe conminarnos a la celebración o la algarabía.

En efecto, si la dicotomía izquierda/derecha ha dejado de ser en la práctica un referente básico para explicar la complejidad de las sociedades modernas, dado que la radical diferencia de los individuos que las componen ya no admite ser encasillada con conceptos omniabarcantes; si los partidos políticos se mueven cada vez más hacia el centro ideológico para mantener sus posiciones políticas; si ya no es posible calificar de izquierda o derecha las reivindicaciones sociales sin ser arbitrarios; entonces no hay mucho espacio para la creatividad y la originalidad, o sea para alimentar sueños colectivos más allá de las exigencias que la coyuntura impone. Es como si una dosis de hiperrealismo sustituyera abruptamente los sueños y las utopías que las grandes ideologías alimentaban en su seno. Y cuando digo hiperrealismo me refiero sobre todo a un exceso de realidad que permea nuestras maneras de estar en el mundo así como los discursos que nos interpelan permanentemente desde el poder instituido.

A este proceso bien puede convenir la expresión “retorno a lo básico” para calificarlo, pues cuando se diluyen los grandes relatos otrora articuladores de sueños y expectativas colectivos, y no aparecen otros nuevos en su lugar, el espacio de las ideologías es ocupado silenciosamente por apelaciones a lo

más elemental de la condición humana. ¿O puede haber algo más elemental que la propia supervivencia?

En efecto, el nuevo discurso político dominante en todas partes apela más al esquema de las necesidades humanas elementales (la seguridad, la certidumbre, la protección, etcétera) que al de la trascendencia (la libertad, la igualdad, la fraternidad, etcétera). En otras palabras, la clase política se hace cargo del desánimo imperante en sus respectivas sociedades, de sus miedos, sospechas y odios primarios en las actuales circunstancias del planeta, para ofertarles de regreso proyectos más realistas que idealistas consistentes en reforzar la seguridad interna para aminorar la violencia galopante; en combatir la inmigración para asegurar más fuentes de trabajo a la población local; en aplicar “mano dura” contra el crimen organizado y la delincuencia; y así por el estilo. Se trata de estratagemas políticos que pueden ser muy rentables electoralmente, pero insustanciales, pues en estricto sentido ningún gobierno puede asegurar a sus ciudadanos una existencia más segura o un futuro menos incierto. Como dice Zigmunt Bauman: “En el corazón de la vida política anida un profundo e insaciable deseo de seguridad; y actuar a partir de ese deseo produce una mayor inseguridad, más profunda aun. [...] Hoy únicamente podemos albergar dos certezas: que hay pocas esperanzas de que los sufrimientos que nos produce la incertidumbre actual sean aliviados y que sólo nos aguarda más incertidumbre.”¹⁰

Ejemplos de este proceder los vemos en todas partes, aunque con distintas expresiones e intensidades. En Estados Unidos, para hablar del caso paradigmático, si hay un tema que terminó imponiéndose sobre todos los demás, ése es el de la seguridad frente a las amenazas externas, sobre todo por lo que significaron cultural y psicológicamente los atentados terroristas del 2001, aunque también adquirieron un respaldo inusitado los discursos xenófobos antiinmigrantes. Por su parte, hace tiempo que en la Unión Europea han anidado sentimientos muy marcados en contra de los inmigrantes, mismos que han sido muy bien explotados por políticos y partidos ultraconservadores. Obviamente, en la medida que criterios y concepciones de este tipo terminen por imponerse en las sociedades más avanzadas, se reducen cada vez más las posibilidades de los países subdesarrollados de mejorar su actual situación de marginación y exclusión del desarrollo, o sea el mundo está condenado a ser cada vez más desigual. Por otra parte, ante las nuevas prioridades sociales explotadas pragmáticamente por la clase política, pierden sentido y relevancia diversas causas como el feminismo, la ecología, los derechos humanos, etcétera, que por lo mismo dejan de obtener apoyos y visibilidad. Finalmente, dado que la seguridad interna de las naciones pasa a ser lo prioritario en el mundo actual, dejarán de tener viabilidad y centralidad organismos multilaterales, como las Naciones Unidas o el Banco Mundial.

Como quiera que sea, el ascenso de este nuevo tipo de discursos en sustitución de los desgastados metarrelatos ideológicos, nos coloca en una situación preocupante. Si antes las utopías proveían a los individuos de sentidos y metas colectivos, ahora los discursos pragmáticos e interesados sobre la seguridad, la protección y la certidumbre sólo producen aislamiento, individualismo y más angustia. Es precisamente en este contexto de desazón y abandono, que cobra relevancia el triunfo de Obama en 2008, pues reabre un camino donde la esperanza constituye el cemento de lo social. De ser así, no tardará mucho tiempo para que en todas partes regresen del exilio ideas como el bien público, la sociedad buena, la equidad y la justicia.¹¹ He ahí la importancia mundial de este acontecimiento.

Pero volviendo al triunfo de Obama, con el tiempo se hablará de la democracia en el mundo antes y después de estos comicios, pues a partir de ahora la democracia, entendida como forma de gobierno y forma de sociedad, se revalora y resignifica en sus contenidos y posibilidades, después de décadas de cuestionamientos en todas partes que la hacían aparecer agotada y distante de los ciudadanos, como si con ella no pasara nada. No por casualidad la literatura especializada había introducido todo tipo de calificativos para referirse a la crisis de representación de las democracias modernas y al creciente desencanto social que ello generaba, tales como las nociones de “posdemocracia”, “democracia

delegativa”, “democracia posliberal”, entre otras muchas.¹² Y justo en ese contexto de desilusión, la democracia estadounidense no sólo se revitaliza sino que vuelve a convertirse, igual que hace dos siglos, en el referente democrático para el resto del mundo, en el nuevo *ethos* democrático, pésele a quien le pese. Más aún, ninguna democracia en el futuro podrá abstraerse de la experiencia estadounidense si es que aspira a estar a la altura de los nuevos tiempos.

Más específicamente, las elecciones de 2008 reconciliaron a los ciudadanos estadounidenses con la democracia, no sólo por la impresionante convocatoria que tuvieron, sino porque propiciaron en las urnas un cambio trascendental que sólo con el tiempo podrá evaluarse en toda su magnitud. Se trata de un cambio cultural y de mentalidades imposible de imaginar hace tan sólo diez años; un cambio producto de la madurez de un pueblo que de un solo golpe se sacudió siglos de resabios raciales y discriminaciones étnicas y optó por demoler la última frontera que le faltaba demoler a la democracia para hacer valer en los hechos el valor de la igualdad política que la define. Que Obama, perteneciente a una minoría racial largamente oprimida y discriminada como la afroamericana, llegue a la Casa Blanca mediante el voto de las mayorías constituye una lección de civilidad, sabiduría y tolerancia activa que no han mostrado hasta ahora otras naciones igualmente avanzadas.¹³

En segundo lugar, para todos los denostadores del imperio, para los que

insisten en cuestionar el “fundamentalismo americano” como algo nocivo para el mundo, similar al fundamentalismo islámico, porque también mata, oprime e impone su ley —no en nombre de Alá pero sí de la libertad y la democracia—, las elecciones del 2008 mostraron que el único fundamento posible de la democracia es que no tiene fundamento, que los valores que articulan a una sociedad y los contenidos de esos valores no están dados de una vez y para siempre, sino que se definen y redefinen permanentemente en el espacio público, en el lugar de encuentro de individuos al mismo tiempo diferentes e iguales; o sea que compete en última instancia a los ciudadanos instituirlos socialmente desde la pluralidad de sus inquietudes y anhelos. Si hace cuatro años había un pueblo necesitado de seguridad después del trauma terrorista, ahora hay un pueblo que desafía valientemente su pasado y su futuro, que no sólo acepta y reconoce la diversidad cultural de nuestro mundo sino que la revalora e instituye electoralmente, algo de lo que no pueden jactarse quienes se afirman en su identidad negando a los diferentes, a los que no piensan igual, llámese el Islam, los altermundistas o los fanáticos de cualquier credo.

En tercer lugar, visto desde América Latina, las elecciones pasadas en Estados Unidos desnudan a nuestras democracias en todas sus limitaciones y contradicciones. La principal lección que nos deja Estados Unidos es que, para ponerlo en un juego de palabras, la democracia es ciudadana o no es

democracia y la ciudadanía es democrática o no es ciudadanía. Es claro que todas nuestras naciones presentan serios déficits en ambos aspectos. La democracia sólo puede ser ciudadana cuando el Estado garantiza en los hechos los derechos humanos, civiles y políticos a todos por igual, sin discriminaciones, exclusiones o vejaciones de ningún tipo, algo todavía incompleto entre nosotros. Y la ciudadanía sólo puede ser democrática cuando es autolimitada y tolerante, es decir cuando los ciudadanos aceptan hasta sus últimas consecuencias la diversidad social y no tratan a toda costa de imponer su voluntad a los que piensan o son distintos, algo también incipiente entre nosotros.

La pregunta aquí es: ¿constituye la llegada de Obama a la Casa Blanca un cambio de época como han afirmado la mayoría de los analistas y observadores en todas partes? Mi respuesta es sí y no. En principio, dado que Estados Unidos es el país más poderoso del mundo, es indudable que lo que ahí acontece repercute en mayor o menor medida en todo el orbe. En ese sentido, tiene sustento afirmar que hechos importantes originados en Estados Unidos marcan cambios para toda la humanidad. Así ha ocurrido en el pasado y seguirá ocurriendo. Pero, ¿hasta dónde un relevo presidencial puede representar una ruptura con el pasado más que un mero cambio en el ejercicio y las maneras de gobernar, o sea un cambio de políticas y prioridades?

Es indudable que los estadounidenses han depositado en el nuevo inqui-

lino de la Casa Blanca una enorme esperanza de cambio y renovación. De hecho, muy pocos presidentes de Estados Unidos han tenido que cargar sobre sus hombros con una expectativa redentora tan apabullante como la que sobrelleva Obama. Pero una cosa son las expectativa y otra las condiciones estructurales reales en las que Obama tendrá que moverse. Aquí no caben grandes expectativas. Por una parte, la actual crisis económica exige grandes y muy arriesgadas decisiones. Por otra, Obama puede ofrecer una nueva relación con el mundo para desalentar la violencia fanática en contra de Estados Unidos, pero el terrorismo fundamentalista sigue ahí afuera con sus odios ancestrales acechando a su presa y esperando la oportunidad para manifestarse de nuevo. En ese sentido, con el cierre de la base militar estadounidense en Guantánamo, por citar un ejemplo muy comentado, Obama puede exhibir una nueva voluntad para revertir los excesos del pasado, pero acciones de este tipo no bastan por sí solas para conjurar los odios y resentimientos hacia el imperio. Finalmente, Obama puede retirar las tropas estadounidenses de Irak, pero una decisión de este tipo no puede ser más que cautelosa y muy bien orquestada por tratarse de un asunto de seguridad nacional. Entonces, ¿de qué cambio estamos hablando?

La llegada de Obama a la Casa Blanca sí constituye el inicio de una nueva era, pero por otras razones, de orden estrictamente cultural y simbólico. Con este hecho, como se ha sosteni-

do aquí, los estadounidenses decidieron reinventarse como nación. Así, por ejemplo, decidieron dejar atrás dos siglos de prejuicios étnicos y discriminaciones raciales al elegir por primera vez a un presidente negro; decidieron también reconciliarse con la democracia y resignificarla en sus contenidos y posibilidades. Es en este sentido que Estados Unidos marca un nuevo camino para la humanidad, un camino donde la democracia se revalora y los ciudadanos se reconcilian con ella. Ni más ni menos.

Que la actual crisis económica puede significar un duro golpe a la popularidad y el liderazgo de Obama, es indudable, pero también representa una oportunidad excepcional para fortalecerse en caso de que su gobierno tome las decisiones adecuadas. Por lo pronto, ninguna democracia en el mundo cuenta en la actualidad con el respaldo social, la confianza, la cohesión, la estabilidad y la madurez que la estadounidense, sin duda un basamento envidiable e inmejorable para enfrentar con éxito la crisis global del capitalismo.

El momento político de Calderón

Muy grave es la crisis económica y la inseguridad que padece nuestro país. Nadie lo pone en duda. Pero más grave aún, mucho más penoso, es que los ciudadanos no tengamos expectativas realistas ni para salir de la crisis ni para neutralizar el crimen y la violencia. Según las encuestas, los mexi-

canos repudiamos cada vez más las políticas gubernamentales, no creemos en las directrices fijadas por el gobierno de Calderón para enfrentar la terrible recesión o para combatir el crimen organizado. En ese contexto, no podía resultar más insustancial y vacío el Tercer Informe presidencial sobre el estado que guarda la administración pública federal, un discurso mentiroso y retórico en el que nadie cree; un decálogo de buenas intenciones para superar la crisis, tan ambiguo como irrealizable en las actuales circunstancias políticas del país, como la exhortación de iniciar cuanto antes un nuevo ciclo de reformas estructurales (fiscal, energética, laboral, de telecomunicaciones y política) mucho más profundo y ambicioso que las reformas que se han realizado en el pasado reciente o que han sido francamente desdeñadas. Pero, ¿qué asegura que ahora sí se logren los consensos necesarios para avanzar en esa dirección, si hasta ahora ha prevalecido el desinterés y una visión gradualista? ¿Basta reconocer la gravedad de la situación, como lo ha hecho finalmente el presidente Calderón, después de meses de edulcorarla artificialmente, para que ahora sí se actúe en consecuencia? La verdad es que no cabe esperar grandes medidas. El momento político del país no podía ser más delicado y contraproducente, lo que abona más a la parálisis que a la acción.

El presidente engaña, y la gente lo sabe, lo constata tristemente todos los días. El partido en el poder (Acción Nacional) no ha sabido gobernar, pero la

oposición tampoco ha sabido ilusionar con propuestas consistentes y realistas. Tanto el Partido Revolucionario Institucional como el Partidos de la Revolución Democrática y los demás partidos satélites siguen atrapados en disputas y propuestas ideológicas y populistas francamente inútiles y mezquinas para hacer frente a los problemas que nos aquejan. Basta ver sus pobres posicionamientos en ocasión de la apertura de sesiones de la nueva legislatura de la Cámara de Diputados (septiembre de 2009) para darse cuenta de ello: reforma energética sí, pero sin comprometer la soberanía de la nación; reforma fiscal sí, pero sin afectar a los sectores populares gravando impuestos a medicinas y alimentos; reforma laboral sí, pero en pleno respeto de la autonomía sindical; etcétera. Puros lugares comunes. Es claro que a la oposición le interesa más hundir al gobierno y a Calderón, y a la larga obtener raja de ello, que aportar su capital para entablar acuerdos y buscar soluciones a los problemas.

Por todo ello, quizá más que la propia crisis económica o la inseguridad, lo que más preocupa a los mexicanos es la crisis política, o sea el deterioro de un aparato institucional y normativo cada vez más disfuncional e ineficaz, alimentado por una casta de políticos cada vez más alejada de los ciudadanos y de la realidad, una casta esquizofrénica y cínica que gobierna en el vacío, sin respaldo ni compromiso. La actual crisis política, que también es una crisis moral, no es una crisis propiciada por el abandono de

los principios ideológicos que le dan sustento al régimen, pues ese mal lo padecía el antiguo régimen priista, la así calificada “dictadura perfecta”, que traicionó su propio ideario social y condenó al país a la desigualdad más oprobiosa que se pueda imaginar y a grandes sacrificios sociales, sino que es una crisis propia de un régimen democrático en ciernes, cuyos actores políticos, los emergentes y los del pasado, no han sabido leer las implicaciones y las responsabilidades derivadas de la alternancia, no han sabido (o no han querido) romper con el pasado autoritario mediante la edificación de nuevas leyes e instituciones consecuentes con las exigencias y la dinámica de una nueva realidad democrática. Se trata pues, de una crisis por inacción, por incapacidad, por falta de voluntad por parte de la clase política en su conjunto para promover, impulsar, negociar y poner en marcha un nuevo ordenamiento institucional y normativo. El resultado ha sido la desilusión y la desconfianza por parte de los ciudadanos hacia la democracia y los partidos; la parálisis y la polarización de los actores políticos; la ingobernabilidad y la incertidumbre; y la incapacidad para contener las inercias del pasado autoritario, que ahora se reeditan con nueva virulencia y cinismo: impunidad, abusos de autoridad, violaciones sistemáticas a la ley, asesinatos de Estado (como el de los niños quemados en Sonora), negligencia, corrupción, escándalos, etcétera. Por eso sostengo que quizá la crisis política preocupa más a los

mexicanos que el desempleo, la pobreza o la inseguridad, lo cual es más que revelador.

Desde hace tiempo que muchos intelectuales y periodistas hemos advertido sobre la crisis política en México, pero ahora esa preocupación empieza a ser de dominio más general.¹⁴ Todo está putrefacto. La crisis política es de tal envergadura que la transición democrática se volvió un cliché, algo insustancial e irrelevante. Tan malos y corruptos unos como otros. El cambio de partido en el poder terminó siendo una simulación más. Los genuinos anhelos de renovación y cambio simplemente fueron desdeñados por los recién llegados al poder y el entusiasmo democrático de todo un pueblo sucumbió a manos de políticos y partidos pequeños y mediocres. El tiempo de la ilusión democrática, que es la mejor caracterización de la época de la alternancia, ha desaparecido por completo. Nadie se fía ni confía de la palabra democracia en boca de un profesional del poder; la apelación de los políticos a la palabra democracia resulta tan falsa como vacía de genuina política. La democracia es, simplemente, para la casta política, la inversión perversa de los ideales y procedimientos de la democracia como un sistema electoral-representativo. Sin un estado-nación capaz de vertebrar democráticamente el territorio y la población, México deambula sin rumbo y sin objetivos. La ilusión de la ciudadanía ha desaparecido. Sobre esa desilusión se ha instalado una casta política, un sistema de partidos políticos, que tiene bloqueado

cualquier posibilidad de regenerar el sistema democrático.

Por ello, sostener que “ya hemos tocado fondo”, como lo ha hecho recientemente el presidente Calderón para tratar de rasguñar desesperadamente algún respaldo en lo que le resta de su sexenio, no puede más que quitarnos el sueño. Si con esta frase, Calderón quiere decirnos que en el futuro ya nada puede ser peor a lo que hemos padecido hasta ahora o que lo peor ya ha pasado, no queda más remedio que preocuparnos en serio. En efecto, si lo que el gobierno de Calderón y el partido en el gobierno han ofrecido a los mexicanos es una clara carencia de estrategia y sensibilidad política y económica, decir que hemos tocado fondo sólo puede presagiar una auténtica desgracia: que los mexicanos asumamos que viviremos en la crisis económica y, por supuesto, moral por los restos de los restos.

El México de Calderón vuelve a reinstalarnos donde estuvimos mucho tiempo. Aquí no hay salida. Es la actitud seductora y terrible de las almas toscas, del gentío que se resigna fácilmente a todo lo que le echen. Se acepta la desaparición de lo mejor como una maldición bíblica. O aguantas el régimen o revientas, parece decirnos soterrada y cínicamente el gobierno. La propaganda oficial es de tal efectividad que uno tiene la sensación de que Calderón nos hubiera acostumbrado a los mexicanos a sobrevivir instalados en la indigencia moral. Y política. En fin, allí donde es irreparable la escisión entre el hablar y el hacer, el decir y la

acción, todo está permitido. La mentira no tiene límites. La prueba es el presunto combate declarado por Calderón al crimen organizado, lo cual no está mal, de no ser porque su verdadera finalidad era legitimar a un presidente débil más que acabar con ese flagelo. De ahí que se trate de una guerra perdida y con un enorme costo para el país.

Vivir en indigencia es vivir en la indolencia y la frustración permanentes, secuestrados por una casta política inescrupulosa y voraz. Pero significa también que nadie tiene ímpetu moral para desmarcarse, que nadie sea capaz de rebatir a Calderón cuando escupió la frase “ya hemos tocado fondo”. ¿Dónde está la oposición? ¿Por qué nadie con un poco de claridad no fue capaz de contestarle: “Sólo cuando Calderón desaparezca de la escena política México podría empezar, quizá, a superar la crisis”? Indigencia es que después del fracaso foxista sobrevenga un fracaso calderonista, porque, aunque el partido gobernante está descomponiéndose, la oposición sigue noqueada y maniatada en sus propias contradicciones. Indigencia es, en suma, asumir que con cualquiera México siempre estará igual o peor. De ahí que a los mexicanos nos esperan tiempos difíciles, quizá décadas de enormes sacrificios y penurias, un futuro en el que se volverán simplemente irreversibles tanto el deterioro económico como la descomposición social, la pobreza y la inequidad. En suma, a diferencia de Estados Unidos, las actuales circunstancias políticas de México no podían

ser menos propicias para toparnos con una crisis global del capitalismo, como la actual. No hay confianza, no hay proyecto, no hay voluntad política y no hay liderazgo.

Lecciones intemporales

Hasta esta parte hemos visto cómo el momento político por el que atraviesa un país puede resultar determinante a la hora de que sus gobiernos ensayen políticas de emergencia para enfrentar una crisis económica. En el caso de las democracias liberales contemporáneas, se puede decir que una situación o momento político es favorable cuando existen instituciones, leyes y actores políticos estables y legitimados; cuando predomina una relación de corresponsabilidad entre los ciudadanos y sus representantes, ya sea por la existencia de un liderazgo fuerte o porque la ciudadanía se identifica plenamente con los gobernantes; cuando el andamiaje institucional y normativo en su conjunto concita confianza entre los ciudadanos; cuando los gobernantes encuentran un amplio respaldo a sus acciones; cuando los actores políticos permanecen cohesionados y en todo caso institucionales o hasta solidarios en el momento de que la autoridad propone políticas de emergencia; cuando la ciudadanía se siente un protagonista más de las decisiones colectivas que le atañe; en suma, cuando el régimen político en su conjunto goza de estabilidad y legitimidad. Por ello, a este tipo de situaciones bien puede convenir la expresión “democracia fuerte” para calificarlo.

Por el contrario, una situación política es desfavorable cuando están presentes todos los indicadores de una crisis política: descenso significativo de la legitimidad de las instituciones y los actores que desempeñan roles de autoridad; ineficacia o parálisis decisional, descontento social creciente y falta de cohesión de la clase política. Por lo general, estas situaciones se caracterizan por un vacío de poder efectivo; desconfianza generalizada hacia las instituciones, las leyes y los actores políticos; ausencia de respaldo hacia las decisiones gubernamentales; polarización de los actores políticos; alejamiento de los ciudadanos de la política institucional y malestar hacia los partidos y los representantes. Por ello, a este tipo de situaciones bien puede convenir la expresión “democracia débil” para calificarlo.

A partir de estas consideraciones, quizá podemos extraer dos lecciones intemporales, a manera de axiomas, sobre el asunto examinado: *a)* No todas las democracias fuertes tienen asegurado el éxito en el momento de ensayar políticas de emergencia para superar una crisis económica, pues existen muchas otras variables intervinientes que pueden catalizar o retardar ese desenlace. Sin embargo, las probabilidades de éxito de las políticas de este tipo son infinitamente mayores en las democracias fuertes que en las débiles; *b)* No todas las democracias débiles tienen asegurado el fracaso en el momento de ensayar políticas de emergencia para superar una crisis económica, pues, de nuevo, existen muchas otras variables

intervinientes que pueden catalizar o retardar ese desenlace. Sin embargo, las probabilidades de fracaso en el momento de ensayar políticas de este tipo son infinitamente mayores en las democracias débiles que en las democracias fuertes.

Si estas lecciones intemporales son válidas, se puede concluir que mientras Estados Unidos saldrá bien librado de la actual crisis económica, o sea fortalecido, México simplemente no la librará, no al menos sin un enorme y permanente costo para el país en todos los órdenes. Además, dada la enorme asimetría entre ambos países o la marcada dependencia de nuestra economía a la del vecino del norte, México sólo podrá vislumbrar alguna salida a su crisis económica una vez que Estados Unidos termine de solucionar la suya. Antes, imposible. A estas alturas, quizá es mejor una buena dosis de realismo que seguir alimentando falsas ilusiones.

Referencias

- Bauman, Z. (2001), *En busca de la política*, FCE, México [1ª ed. en inglés: 1999].
- Bell, D. (1960), *The End of Ideology: on the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, Nueva York, Free Press [trad. esp.: *El fin de las ideologías*, Taurus, Madrid, 1976].
- Cansino, C. (2000), "¿En qué democracia vivi(re)mos? Reflexiones desde y para América Latina", *América Latina Hoy*, No. 26, Salamanca, diciembre, pp. 5-9.
- _____. (2004), *El desafío democrático. La transformación del Estado en el México postautoritario*, Jus, México.
- _____. (2008), "La reforma que no fue", *El Universal*, México, 25 de octubre.
- _____. (2009), *El evangelio de la transición y otras quimeras del presente mexicano*, Debate, México.
- Cansino, C. e I. Covarrubias (Eds.) (2007), *Por una democracia de calidad. México después de la alternancia*, Educación y Cultura, México.
- Cornwell, R. (2009), "Gorbachev: The Model for the Obama Doctrine", *The Independent*, Chicago, 21 de abril.
- Crouch, C. (2004), *Posdemocracia*, Taurus, México, [1ª ed. en inglés 2002].
- Dworkin R. (2006), *Is Democracy Possible Here?*, Princeton, Princeton University Press.
- Fukuyama, F. (1989), *The End of History and the Last Man*, Free Press, Nueva York [trad. esp.: *El fin de la historia y el último hombre*, Ediciones B, Barcelona, 1990].
- Gorbachev, M. (2008), "The Global Financial Crisis", *New York Times*, Nueva York, 5 de noviembre.
- Hermet, G. (2007), *L'hiver de la démocratie ou le nouveau régime*, Armand Colin, Paris.
- Krugman, P. (2008), *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*, W.W. Norton & Company Inc. Nueva York [trad. esp.: *De vuelta a la economía de la gran depresión y la crisis de 2008*, Norma, Bogotá, 2009].
- _____. (2009), "How Did Economists Get it so Wrong?", *The New York Times*, Nueva York, 2 de septiembre.
- Lipset, S.M. (1996), *American Exceptionalism. A Double-Edge Sword*, W.W. Norton & Company Inc., Nueva York [trad. esp.: *El excepcionalismo americano. Una espada de dos filos*, FCE, México, 2000].
- Lyotard, J.F. (1984), *The Postmodern Condition*, Manchester University Press, Manchester [trad. esp.: *La condición posmoderna*, Cátedra, Madrid, 1990].
- Obama, B. (2006), *The Audacity of Hope: Thoughts on Reclaiming the American Dream*, Random House, Nueva York.
- O'Donnell, G. (1994), "Delegative Democra-

- cy”, *Journal of Democracy*, Vol. 5, No. 1, pp. 13-23.
- Pérez Díaz, V. (2008), *El malestar de la democracia*, Noema, Barcelona.
- Rieff, D. (2009), “El choque cultural”, *Letras Libres*, Vol. 9, No. 125, México, mayo, pp. 28-31.
- Rosanvallon, P. (2006), *La contre-démocratie. La politique à l’âge de la défiance*, Seuil, París, [trad. esp.: *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Manantial, Buenos Aires, 2007].
- Sen, A. (2009), “El capitalismo más allá de la crisis”, *Letras Libres*, Vol. 9, No. 125, México, mayo, pp. 14-19.
- Vattimo, G. (1980), *Le avventure della differenza*, Garzanti, Milán [trad. esp.: *Las aventuras de la diferencia*, Paidós, Barcelona, 1984].

¹ Véase, por ejemplo, Gorbachov (2008) y Krugman (2009).

² Sen (2009) y Krugman (2008). Para Sen, por ejemplo: “La presente crisis económica no requiere de un ‘nuevo capitalismo’, sino que exige una nueva comprensión de viejas ideas, como las de Smith y Keynes, muchas de las cuales han sido tristemente ignoradas”.

³ Sobre el excepcionalismo americano, véase Lipset (1996).

⁴ Rieff (2009).

⁵ Si para Moore, Bush quedaba retratado como un traidor a la patria y un reaccionario sin escrúpulos en su documental *Fahrenheit 9/11*, Obama queda como un incongruente y demagogo en su documental *Capitalism: A Love Story*, de reciente aparición.

⁶ Véase, por ejemplo, Cornwell (2009).

⁷ Sobre la reforma energética y la reforma electoral, véase, respectivamente, Cansino (2008 y 2009, Cap. 9).

⁸ Que este hecho histórico haya ocurrido primero en Estados Unidos y no en otras naciones modernas igualmente pluriétnicas, como es el caso de todos los países europeos que mantuvieron en el pasado anclajes coloniales y que después han debido abrirse a la inmigración poscolonial, no hace sino mostrar que Estados Unidos camina muy por delante que el resto del planeta en lo que a los ideales del liberalismo y la democracia se refiere. En esa perspectiva, mucho me temo que tendrán que pasar varias décadas para que países tan progresistas como Alemania, Francia, Holanda o España, todos con minorías étnicas muy extendidas en su territorio, se atrevan a dar el paso que dio el país de las barras y las estrellas. Precisamente por ello, muchos observadores en estos países han preferido ignorar o mirar con desdén lo acontecido en Estados Unidos.

⁹ Esta tendencia fue apuntada tempranamente por Daniel Bell en su famoso libro sobre el fin de las ideologías (1960), y después, a raíz de la caída del comunismo en 1989, tuvo su expresión más conocida con Francis Fukuyama (1989). En esta misma línea de argumentación, hay que incluir a los pensadores posmodernos, como Gianni Vattimo (1980) y Jean François Lyotard (1984), que sostenían que había llegado el fin de los grandes metarrelatos ideológicos de la modernidad.

¹⁰ Bauman (2001, pp. 32-33).

¹¹ Véase, por ejemplo, Cansino (2000).

¹² Véase, por ejemplo, Crouch (2004), O’Donnell (1994), Dworkin (2006), Rossanvalon (2006), Pérez-Díaz (2008), Hermet (2007).

¹³ En este punto se me ha criticado que no hago justicia a otras experiencias previas en otras naciones que también por la vía electoral decidieron elegir a representantes de grupos étnicos históricamente sometidos y excluidos, como el caso de Evo Morales en Bolivia. Sin embargo —respondo—, éste no es el mejor ejemplo para desautorizar la experiencia del 4 de noviembre de 2008, pues lo que tuvimos en Bolivia no hace mucho fue la elección de un indígena por parte de la mayoría de la población boliviana que también es indígena, no la elección de un representante de una minoría étnica por parte de una mayoría étnica diferente, lo cual es algo muy distinto. En otras palabras, lo que ocurrió en Bolivia también puede definirse como una reconciliación, en este caso de la mayoría de la población, la cual es indígena, con sus gobernantes, en un país donde el poder había sido monopolizado arbitrariamente durante siglos por una oligarquía criolla minoritaria y autoritaria.

¹⁴ Por lo que a mí respecta, véase Cansino (2004 y 2009) y Cansino y Covarrubias (2007).